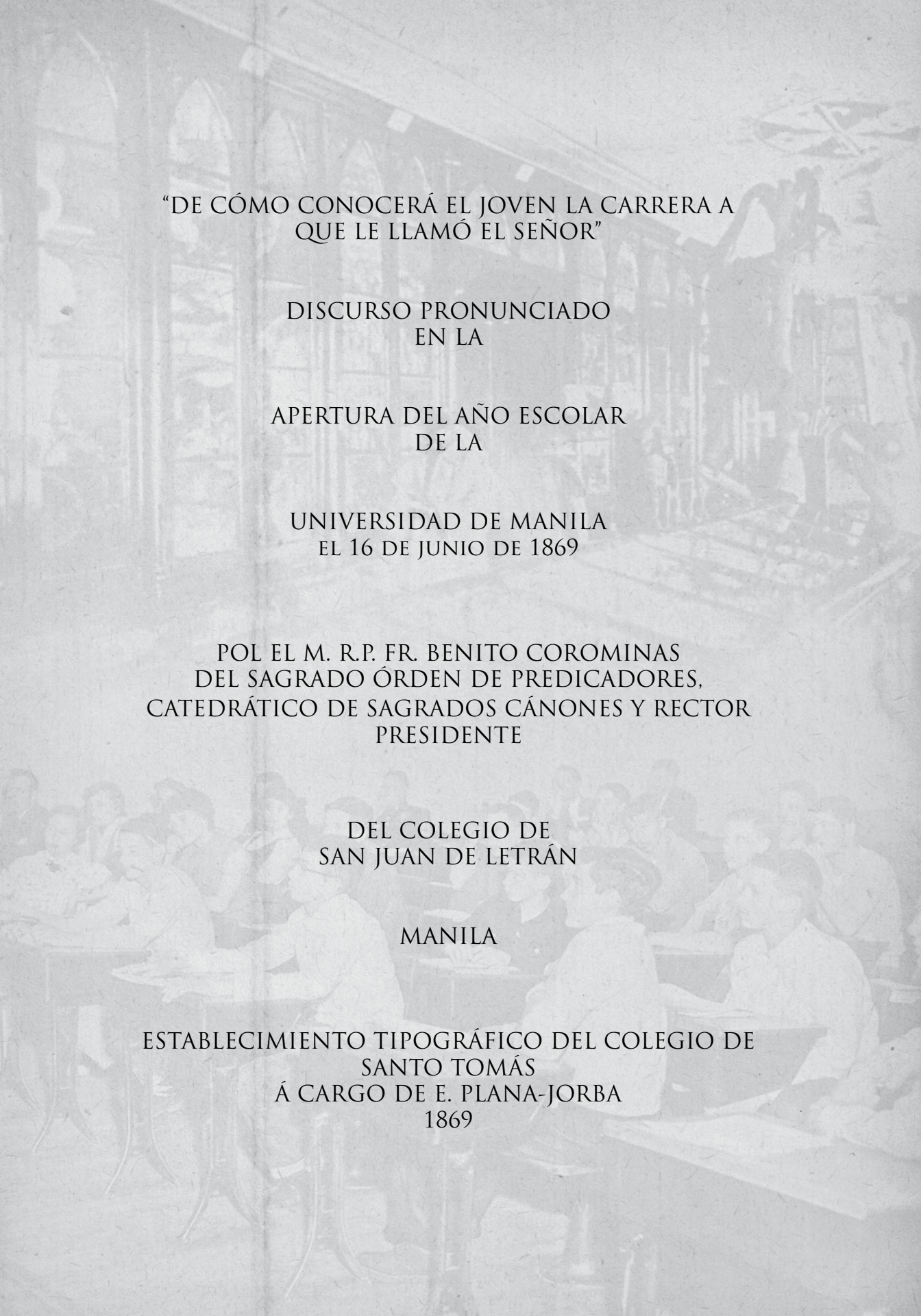




“DE CÓMO CONOCERÁ EL JOVEN LA CARRERA A
QUE LE LLAMÓ EL SEÑOR”

DISCURSO PRONUNCIADO
EN LA

APERTURA DEL AÑO ESCOLAR
DE LA

UNIVERSIDAD DE MANILA
EL 16 DE JUNIO DE 1869

POL EL M. R.P. FR. BENITO COROMINAS
DEL SAGRADO ÓRDEN DE PREDICADORES,
CATEDRÁTICO DE SAGRADOS CÁNONES Y RECTOR
PRESIDENTE

DEL COLEGIO DE
SAN JUAN DE LETRÁN

MANILA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL COLEGIO DE
SANTO TOMÁS
Á CARGO DE E. PLANA-JORBA
1869

Señores

Hoy nos reúne en este lugar venerando un objeto altamente grandioso. Es un tributo que pagamos a la ciencia, rodeándola de cierta majestad y brillo, para hacerla más y más interesante á los ojos de la sociedad, y al corazón de los jóvenes que se consagran a adquirir este tesoro.

Designado para el honroso cargo de pronunciar el discurso de Reglamento, cuánto es grato a mi corazón el cumplimentar esta disposición reglamentaria, tanto lo considero superior a mis débiles fuerzas, si debe cumplirse cual la elevación del objeto merece, y vuestra reconocida ilustración exige.

Me cabe, Señores, la mayor satisfacción en reconocer y hacer público el celo de los profesores, que se dedican a la elevada y espinosa misión de educar la juventud; y los esfuerzos de esa juventud en secundar los de sus queridos é ilustrados maestros. Tres años van trascurridos desde el planteamiento de la Segunda Enseñanza en estas Islas, tal cual se halla reglamentada en la actualidad, y sus frutos superan las más halagüeñas esperanzas, en estos países, en donde los mismos elementos materiales con sus condiciones climatológicas, son no pequeño impedimento para la aplicación tranquila del entendimiento a los estudios.

Niños que en los albores de su edad tienen ya en sus diplomas de premio un testimonio de su aplicación, y ostentan en su pecho medallas de distinción honorífica, son una prueba consoladora de que también entre nosotros pueden abrirse paso las carreras industriales, mecánicas y mercantiles, como lo tienen abierto hace tiempo las de conocimientos más abstractos. Y estos brillantes resultados, a la par que alientan la fe de los profesores, son un poderoso estímulo para los alumnos que menos animosos tal vez, ó quizás algo descuidados, ambicionen no ser menos en la palestra del saber.

Será siempre grato para el hombre que sigue atento la marcha de la instrucción en estas Islas, la memoria del Excmo. Sr. Gobernador Superior Civil D. José de la Gándara, que en su celo por la instrucción primaria le dió un poderoso impulso con sabias disposiciones y acertados reglamentos; mereciendo bien de esta sociedad y del Gobierno Supremo la aprobación de sus actos.

Elevada la instrucción primaria a un alto grado de perfección por autoridades afanosas del bien de estas Islas, ella será a no dudarlo, sólido fundamento de la instrucción secundaria y superior, y los resultados finales corresponderán a ese buen principio.

Tampoco dejará la historia de pagar un tributo de alabanza a la memoria del Excmo. Sr. D. Juan de Lara, cuyo nombre pasará a la posteridad gloriosamente enlazado con el planteamiento de los estudios generales y de aplicación de Segunda

Enseñanza en el archipiélago Filipino. Llor eterno para los Gobernantes, que cuidan con desvelo y afán de promover la instrucción, en la que están vinculados los más elevados intereses morales y materiales de la sociedad entera!

El mayor bien con que la bienhechora mano del Hacedor supremo enriqueció al hombre, fue el dotarle de razón, y encender en él la luz de la inteligencia. El promover su perfeccionamiento es digno de suprema alabanza; el dedicarse a cultivarla, a enriquecerla con los tesoros de la ciencia, según su respectivo talento, es de las más nobles ocupaciones del hombre. He dicho, y no en vano, según su respectivo talento. Llenó Dios del espíritu de inteligencia la poderosa razón de nuestros primeros Padres según el texto sagrado; pero en su Sabiduría inefable y en su Providencia siempre bienhechora, le plugo distribuir a sus descendientes por grados y con medida ese *espíritu de inteligencia, esa luz de su divino rostro*. De ahí la diversa capacidad relativa de cada uno para recibir los bienes de la sabiduría; de ahí la diferencia de *talentos* que más ó menos brillan en la sociedad.

Jóvenes que me escucháis: en *número, peso, y medida* dispuso Dios para cada uno de vosotros ese don soberano según y como dispuso todas las cosas: reconocer las condiciones de vuestro *talento* y dedicaros con afán a enriquecerlo con el caudal de ciencia que podáis adquirir, ved vuestro deber en la carrera literaria: el manifestaros las diferencias de talentos, los medios de conocer el vuestro respectivo, y el empeñaros en el cumplimiento de ese deber sagrado, ved mi objeto en este discurso. Ruego a este ilustrado auditorio, que me favorece con su presencia, añada otro motivo a mi gratitud, siguiendo favoreciéndome con su atención.

No todos hemos nacido para todo. Verdad es esta que proclaman los sabios y aún el vulgo conoce; porque es fruto espontáneo de la experiencia, que se manifiesta por el más humilde trato social; y estas verdades son patrimonio universal de la humanidad. Este principio, pues, que no rehusó llamar de sentido común, es lo primero que deben tener presente los que se sienten llamados por Dios al cultivo de su entendimiento. De ahí aquella regla, que no por ser trivial deja de estar llena de prudencia y de sabiduría, que consigna en estos términos claros y precisos el ilustre filósofo español ¹ *Cada cual ha de dedicarse a la profesión para la que se siente con más aptitud*. Si esta regla elevada a su mayor y más amplio sentido tiene su aplicación propia y rigurosa en todas las artes y oficios a que se dedican los hombres en la sociedad; la tiene y muy especialmente en las diversas carreras científicas. Sublimado el hombre en su creación, hecho a imagen gloriosa de su Hacedor divino, aminorado un poco solamente con respecto a los ángeles, según la expresión del Rey Profeta, abarca y sujeta al dominio de su inteligencia cuanto encierra el universo y aún más, traspasando con el poder de su entendimiento los límites de este mundo material y visible; remonta su atrevido vuelo hasta el trono de la divinidad, y fija sus miradas en el misterioso ser de Dios en las alturas.

¹ Balmes.

En la tierra y en la mar y en los elementos domina con la fuerza de su talento, haciéndolos servir a la satisfacción de sus necesidades, según las condiciones de su naturaleza.

Aunque caído el hombre de aquel estado feliz de la inocencia, en el que dominaba de tal modo en las cosas sensibles, que *usaba de su auxilio sin impedimento*, según la doctrina del Doctor Angélico², con todo, no ha perdido por completo su jurisdicción sobre este mundo. La materia con sus poderosas fuerzas y las secretas leyes que las rigen, recibe obediente las trasformaciones que le impone el hombre en sus aplicaciones, multiplicándolas cada día de mil y mil maneras con nuevos y prodigiosos inventos.

No domina de este modo en los cielos; pero entran en la jurisdicción de sus investigaciones y de su contemplación las virtudes y las leyes que siguen en sus movimientos y en su veloz carrera esos astros luminosos, que son claro espejo en donde brilla la gloria de Dios: y el conocimiento, fruto de esa contemplación y de esas nobles investigaciones, le sirve también para dirigirse con acierto en sus operaciones con relación a este globo que habita, y que de continuo agita y revuelve el más humilde labrador con su tosco arado, y el más aventajado físico con las potentes virtudes que arranca de las entrañas mismas de los cuerpos.

No domina en el lugar santo en donde manifiesta con claridad su gloria el Altísimo; pero el conocimiento que saca de la meditación de los misterios de la divinidad, sirve para satisfacer sus más nobles aspiraciones: dar culto al Ser Supremo y fijarse las leyes que en su conducta moral deben dirigir sus pasos durante su peregrinación en este mundo. Es cierto que su vista es débil para fijar sus miradas en el sol de un Dios, que brilla en claridad de resplandores infinitos, sino la fortifica una luz superior que la purifique ennoblecéndola. De ahí los absurdos de los filósofos gentiles sobre la divinidad, de ahí el que habiendo conocido a Dios, no lo glorificaran según el culto propio de Dios; pero no es menos cierto, que aún en el orden natural, es un don admirable del Señor a favor del hombre su hechura predilecta, el haberlo ennoblecido con esa potencia sublime, que así puede ser fortificada y elevada hasta tal punto, que pueda aquí, siquiera como en un espejo y en enigmas, conocer los misterios de la divinidad, y un día con la suprema luz de la gloria ver cara a cara a ese Dios inefable, que habita en trono de luz inaccesible.

¡ Gloria a Dios ! es la expresión que debiera hallarse de continuo en los labios del hombre reconocido. ¡ Gloria a Dios ! debería tener grabado en su corazón el sabio, y el hombre que se dedica á cultivar su razón desde que pisa el umbral del templo de las ciencias.

² 1. p. q. 96 a . 2.

Pero el entendimiento en la inmensidad del objeto que abarca, no puede dominarlo todo de tal manera, que en su totalidad (*totaliter*) entre del mismo modo en la jurisdicción de todas las inteligencias. Todas pueden alcanzar algo de todo; mas el poder alcanzar un profundo conocimiento de cuanto es objeto de la mente, está distribuido entre los hombres. *Unus alio est melioris virtutis ini intelligendo*, dice Sto. Tomás; y añade: *illi in ,quibus virtus imaginativa, et cogitativa, et memorativa est melius disposita sutil melius dispositi ad intelligendum* ³. De ahí la profunda razón de la diversidad de *talentos*, y de la diversa aptitud del hombre para las artes y las ciencias.

El uno penetrará con la virtud de su inteligencia hasta las profundidades de la metafísica, y seguirá el desenvolvimiento de los más elevados principios hasta sus más remotas consecuencias; el otro con la fuerza de su poderosa imaginación brillará creando, produciendo, inventando con su atrevido genio; éste encontrará en las entrañas mismas de los seres las razones de utilidad y conveniencia con relación a las necesidades de la vida; y aquél será entre los demós como un rico archivo, una vasta biblioteca en los que se encontrará conservado, clasificado, ordenado cuanto pertenece a la historia y a las ciencias que ejercitan la memoria.

Es cierto que se levantan en la sociedad de tiempo en tiempo genios extraordinarios, que con su poderosa fuerza intelectual dominan cuanto está sujeto al humano entendimiento; pero en lo extraordinario llevan el carácter de excepción. ¿Cuántos pueden decir con Salomón: *quaecumque sunt absconsa, et improvisa didici*?⁴ ¿De cuántos se dirá, como de Sto. Tomás, *que todas las ciencias se unieron en su entendimiento, como las aguas de los ríos todos se unen en la mar*? ¿De cuántos se podrá formar este elogio propio de Leibnitz: *hizo marchar de frente y con igual resultado todas las ciencias*?

No lo dudéis: los talentos están distribuidos entre los hombres, y perderéis lastimosamente los mejores años de vuestra ida, el vigor de vuestra juventud, si vegetáis raquíticos en una tierra que no es la vuestra, si respiráis una atmósfera científica para la que no os ha formado vuestro divino Hacedor. La semilla que caiga en vuestro entendimiento por medio de la enseñanza y de vuestro propio estudio, no producirá el fruto debido, y al descender la tumba llevaréis el pesar de no haber ocupado en la sociedad el puesto que os fijara el Señor, grabando en vuestra alma y en vuestro corazón el sello infalible de vuestro propio y peculiar destino. No habréis agenciado como era vuestro deber los talentos que a vuestro manejo confiara vuestro Criador, y un día tal vez lloraréis el no haberlos utilizado en favor vuestro, de vuestra familia, de la sociedad como convenía a vuestra misión sobre la tierra.

³ 1. p. q. 85. A. 7.

⁴ Sap. 7. 21.

En mayor ó menor escala todo tiene en el universo su misión que cumplir: desde el átomo que sólo es perceptible cuando lo hiera el rayo de luz, hasta el inmenso astro del día; desde el último de los hombres que nace bajo un árbol en las selvas, reclinado por su madre sobre un montón de hojas silvestres, hasta el que ve por primera vez la luz bajo dorados artesones, todo tiene su propio y singular fin con relación a la armonía universal, en la que brilla la sabiduría infinita del Artífice supremo.

¡Desgraciado de aquel, que en el gran concierto del universo se aparta de su destino impreso en las entrañas de su propio ser por la mano del Criador! En la naturaleza material resultaría tal desarreglo más ó menos perceptible según la nobleza del ser que así desconcertara la armonía universal; pero esto es imposible: la naturaleza material obedece ciegamente y tiende a su propio fin de un modo infalible. Sólo el hombre en la nobleza de su ser puede recalcitrar, y si lo hace causará en la sociedad y en el admirable orden del universo un desarreglo tanto más transcendental, cuanto más sublimado se halle entre los demás.

¿Cómo conocer cada uno el lugar que debe ocupar en este mundo? Y ciñéndome a mi objeto ¿cómo conocerá el jóven la carrera a que le llama el Señor? ¿Cómo conocerá su propio y peculiar destino, y el lugar que en la sociedad le corresponde ?

Ya lo he dicho, Señores. Dios cuyas obras llevan el carácter de perfectas, graba en el corazón y en el entendimiento de cada hombre, el sello de su propio y peculiar destino. En el corazón, y este es el peso, la inclinación que cada uno siente hacia esta ó la otra carrera; en el entendimiento, y este es la mayor disposición, la capacidad relativa para esta ó la otra facultad. Estos son los dos grandes medios por los cuales el que en su bondad inmensa os dió vuestro noble ser racional, lo completó dándole determinadas aspiraciones, para que no anduviérais inciertos en vuestro intelectual perfeccionamiento: peso y medida con que el Supremo Hacedor dispuso vuestro respectivo talento, vuestra aptitud intelectual, al imprimir en vuestra alma el noble sello de la luz de su divino rostro.

En efecto: si estudiamos al hombre en su misma infancia, si arrebatamos el secreto que está encerrado en su corazón y que él tal vez no siente ni menos conoce, hallaremos en él ese peso, esa inclinación que revela el destino que le ha señalado su Criador en la sociedad. Es cierto que no pocas veces la educación y otras mil y mil circunstancias que rodean la vida del hombre, y que tanta influencia ejercen sobre su corazón, principalmente en los períodos de su irreflexiva infancia y de su fogosa juventud, tuercen esa inclinación natural, que atrae al hombre hacia su particular destino, y lo conducen por caminos que no son los que le señalara su Dios; pero esta segunda inclinación al llegar el hombre a edad superior, se encuentra en lucha con la inclinación natural, que ha quedado profundamente impresa en el fondo de su ser. Esta puede quedar desvirtuada viciada, puede recibir torcida dirección, puede aún

quedar latente por algún tiempo; pero siempre ser una verdad innegable, que ese *instinto precioso*, como le llama Balmes, *esa inclinación duradera y constante hacia una ocupación*, sólo se destruye con la destrucción del individuo.

No trato de dar reglas a los profesores para dar dirección a los instintos que revelan sus discípulos: lejos de mí semejante pretensión; pero no dejaré de lamentarme, haciéndome eco de la sociedad, de que no poco padres y jefes de familia descuiden el deber sagrado que les ha impuesto el Soberano Hacedor, de estudiar las inclinaciones de la infancia, fijando con lamentable desórden las carreras y la futura suerte de la juventud según bastardas preocupaciones, impulsados tal vez por el afán de más bastardos intereses, ó fascinados por el brillo que creen descubrir en lontananza de una posición elevada, en la que juzgan encontrar gloria y prez para su familia. Pero dejando esto, ya que a vosotros singularmente me dirijo, jóvenes queridos, estudiad atentamente esa inclinación, ese instinto de vuestro corazón, ved que objeto os arrastra con más fuerza.

Si es que vuestro Dios os llama al cultivo de vuestro talento, no podréis menos de sentir ese *peso* en vuestro ser que se os revelará por el amor que sintáis sobre esta ú otra clase de estudios. *El amor es un peso*, ha dicho con profunda verdad S. Agustín, y así como sentiréis ese *peso* que os inclina, descubriréis ese amor, que con más ó menos fuerza los arrastra hacia esa ó la otra carera. Ese objeto a que sintáis singular predilección vuestro destino, hacía él dirigid vuestros esfuerzos; concentrad vuestras nobles aspiraciones hacia su consecución.

Comparad además esa tendencia constante que creéis forma vuestra singular vocación, con la capacidad de vuestro talento, con la medida de vuestras disposiciones naturales. Si ésta no se halla en relación con el objeto de vuestra predilección, es de temer que vuestra inclinación haya recibido dirección torcida. Aquel a quien el Hacedor divino destina a la consecución de determinado objeto, le da capacidad para alcanzarlo. No que todos en igual grado deban recibir ese tesoro a que aspiran no que todos debamos ocupar igual lugar en la escala de los talentos: pero la negación relativa para una carrera, es señal cierta de no ser ella nuestro destino particular.

Habréis visto tal vez jóvenes aplicados que con la fuerza de su voluntad y con su constancia han llegado a conseguir el objeto de sus más ardientes votos, llegando sino a sobresalir en una carrera, por lo menos a poseer el caudal de conocimientos suficientes para cumplir los deberes de su destino. Pero esta firmeza de voluntad que no se desvirtúa en un jóven, antes bien se aumenta con el transcurso del largo período que consume una carrera, es a no dudarlo un equivalente a la capacidad con que Dios ha compensado en su ser, la aptitud natural con que a otros favorece con abundancia.

Jóvenes estudiosos, tenéis abiertas a vuestros ojos y a vuestro corazón gran número de carreras, en las que encontraréis estudios sólidos y catedráticos sabios y diligentes que labrarán con celo vuestro porvenir. Tenéis abiertas carreras para los elevados estudios de las facultades, hasta colocaros en una elevada posición social. Tenéis en bien provistos gabinetes, en copiosos museos, medios suficientes para instruiros, para enriquecer vuestro entendimiento con los estudios de aplicación: elegid.

No hay ciencia, no hay arte, que no ennoblezca al hombre y labre su felicidad. Desde el sabio y virtuoso teólogo, que reúne un gran caudal de conocimientos con el fin de emplearlos para enseñar a sus conciudadanos el camino que conduce a la felicidad temporal y eterna, hasta el humilde mecánico, que discurre en su taller los medios de vencer la resistencia de los cuerpos para facilitar el movimiento a fuerza de combinaciones, todos merecen bien de la sociedad.

La Segunda Enseñanza, a la que principalmente me limito, os dispone con sus *estudios generales* y con sus *estudios de aplicación* a carreras superiores y a profesiones industriales.

La Iglesia y el foro os abrirán sus puertas, si ese es vuestro destino; si para esas elevadas carreras os ha dotado de capacidad el Criador, y a ellas os sentís llamados. La agricultura, las artes industriales y el comercio os brindan con sus ventajas en la sociedad, si os dedicáis a adquirir los conocimientos, que os hagan aptos para semejantes profesiones.

Si cuida Dios, supremo distribuidor del talento, de destinar en la sociedad quienes puedan dirigir a los demás en los caminos de la moral y de la religión, fundamento de toda sociedad bien cimentada según la hermosa palabra de Platón; si destina quienes puedan dirigir a los demás en la legítima defensa de sus derechos y para que con la sabiduría de las leyes *se quebranten los atrevimientos y se enderezcan los tuertos*, según las palabras de nuestro Rey Sábio ⁵ también en su Providencia infinita, Dios autor soberano de la sociedad, destina a otros a la agricultura, a la industria y al comercio; porque estos son como *tesoros é rayz* de los reinos, *é nengún non puede sin ellos bevir*, para usar de una frase general del mismo Rey que abarca todas estas profesiones.

La agricultura: mientras la fecunda tierra se deja sólo cuidado del rústico labrador, no satisface las necesidades de una sociedad adelantada y de una población que marcha siempre en progresión ascendente. El cultivo del suelo si se ha de sacar de él un gran partido, no es una faena exclusivamente mecánica; « para cultivar la tierra con »fruto, ha dicho con acierto un autor, ha de trabaja »más la cabeza que los

⁵ Ley 3. tit. 10. Part. 2.

brazos.»⁶ De ahí los estudios que ilustran el entendimiento de aquellos que quieran dedicarse a cuanto dice relación con los productos naturales de la tierra. El dibujo lineal con sus aplicaciones a la topografía; las matemáticas, ya para apoyar agricultor sus *especulaciones con una contabilidad bien entendida*,⁷ ya para otros conocimientos más superiores que le son indispensables; los elementos de física, las nociones de historia natural y cuanto está comprendido en los conocimientos de agricultura teórico-práctica: ved a lo que debéis dedicaros los que queréis siquiera iniciaros en la honrada profesión de hacer *á los campos obedecer a los deseos del colono más ávido*, según una frase de Virgilio.⁸

El título de Agrimensor y Perito tasador de tierras, a que podréis aspirar con esos estudios, no os dará ciertamente aptitud para dirigir con acierto una granja modelo, ni os revelará por entero el secreto de los sistemas de agricultura. Mas bueno es que vaya la juventud adquiriendo nociones de cuanto a este ramo pertenece; bueno es que por propia experiencia aprenda, que hay algo más que la rutina y la fuerza mecánica en la labranza de los campos. La afición a las ciencias agrícolas se desarrollará indudablemente en este país esencialmente y en su inmensa mayoría agrícola: é impulsada esa afición y favorecida por el celo de las autoridades y diversas corporaciones, dará en tiempo no lejano un brillante resultado en estas afortunadas. Islas, en donde la tierra es rica en la variedad de sus producciones, y fecunda cual ninguna.

El comercio: « Es muy difícil, dice Sto. Tomás, hallar un país que se baste a sí mismo enteramente, y que pueda renunciar a toda clase de importaciones extranjeras. La misma abundancia de sus productos ocasionaría su ruina, si los comerciantes no facilitaran la exportación de lo que sobra.»⁹ Ved ahí las dos fórmulas del comercio: *importación y exportación*. Ved ahí los dos motivos de las consideraciones que en toda sociedad se tienen a los que se dedican al comercio: el universal talento del Ángel de las escuelas no estaba ajeno del conocimiento profundo de las cuestiones económicas y sociales.

Si del comercio se han dicho grandes elogios, considerada su conveniencia en una sociedad, es porque le provee de lo que le hace falta para vivir con desahogo, según las necesidades relativas a su estado de cultura, y porque la descarga de la abundancia de sus productos, lo que ocasionaría su ruina Él une a los hombres con sus relaciones y su tráfico, *distribuye los dones de la naturaleza*.¹⁰

Si alguna sociedad necesita del comercio, es ciertamente está en que vivimos. El país no se basta a sí mismo enteramente; muchísimas son las necesidades, en especial

⁶ Cien tratados. Trat. 64. Agricultura-Introduccion.

⁷ Ibid. trat. 86.

⁸ Eneida.

⁹ De Regim. Princip. lib. 2. c. 3. Traducción del Sr. Carbonero y Sol.

¹⁰ Baynal.

del elemento europeo, que no se satisfacen con los productos de este suelo; de ahí la necesidad de la importación. Tiene además abundancia de productos sobrantes; unos de que necesitan desahogarse ciertas localidades, ahí la exportación y el tráfico interior; de otras necesita desprenderse el país en general recibéndolas con afán y con grande estima países extranjeros con la exportación y tráfico exterior.

Los estudios de matemáticas con sus aplicaciones al comercio, de la geografía y estadística mercantil, de la economía y legislación a este ramo aplicados, con el poderoso auxiliar de los idiomas, os pondrán en aptitud de entrar de lleno en esa vida comercial, que hace circular por las venas de la sociedad la riqueza y el bienestar.

Las artes industriales: los estudios de aplicación a las artes industriales, siquiera esos estudios sean rudimentarios, cuáles deben serlo por precisión los de Segunda Enseñanza, hacen al hombre sumamente útil a la sociedad, y son los poderosos auxiliares de la agricultura, principio de su riqueza, y del comercio que la eleva, dando valor a los productos por medio de las transacciones. ¿Qué sería de una sociedad sin que la mecánica en su relación con la industria facilitase el movimiento, y diese con sus máquinas una poderosa fuerza a la débil acción del hombre, multiplicando los medios y las fuerzas naturales, para vencer en provecho de las artes y de la industria la natural resistencia de los cuerpos? Igualmente la química, fecunda en sus aplicaciones a las artes, es de trascendental interés. Sin ella, gran parte de las ciencias é industrias carecerían de un poderoso auxiliar. En sus multiplicados análisis, combinaciones y transformaciones, da como una segunda naturaleza a las materias, sacando de ellas en sus aplicaciones infinitas, utilidades y ventajas que no tenían en su estado primitivo.

Pues bien: siquiera no sean más que elementos los que se dan en el quinto año para todos, ampliados para los que aspiran al título de perito, es sembrar en la impresionable naturaleza de los jóvenes fecunda semilla, es ponerlos en estado de que formándose luego con la lectura de obras sobre particulares profesiones, y con la práctica, desarrollen el germen de ciencias tan útiles a la sociedad, que tal vez ya principiara a germinar durante sus estudios.

Dotados estáis muchos de ingenio para esas diversas profesiones industriales; me consta por experiencia. Sólo resta que a los que sois llamados a cultivarlas en esta sociedad, os apliquéis a ello con celo y con constancia. La sociedad os recompensará abundantemente, porque tiene necesidad de vuestros conocimientos y de vuestro trabajo, para perfeccionarse en su vida industrial.

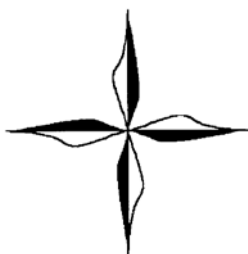
He concluido, Señores: los estudios de Segunda Enseñanza, fecundos en resultados, van desarrollándose en las Islas, lo digo con verdadera satisfacción. Ellos

irán disponiendo a la juventud para carreras y profesiones sumamente útiles a esta sociedad. Principio quieren las cosas, se dice comúnmente, y no sin verdad: las ideas y las exigencias de la época en que vivimos impelen al desarrollo material como en ninguna otra época, y ese progreso ceñido a lo racional, tenemos el deber de fomentar los que a la instrucción de la juventud somos llamados.

Jóvenes estudiosos, esperanza de la sociedad: los diferentes estados y ocupaciones de los hombres los distribuye Dios en su Providencia infinita, supremo ordenador de esa gran familia que se llama sociedad humana. Para eso distribuye en su soberana Sabiduría los talentos, las inclinaciones y la capacidad, para que cada cual en esa inmensa casa del universo ocupe el lugar correspondiente a su destino. De la elección de carrera depende vuestro bien en el tiempo y aún en la eternidad. El error en este punto es casi irremediable. La sociedad en la que vais a entrar os abre sus varias puertas: escoged.

De las carreras necesarias ó útiles a la sociedad puede decir que las *crió é instituyó el Altísimo*, como de la agricultura lo dice el texto santo¹¹. Sólo resta que en la carrera de vuestra elección, no olvidéis, que el hombre nace para trabajar, como el ave para volar, según la hermosa comparación de Job¹². Desde tu primera edad, ama ser instruido, dice el Sábio¹³: desead con verdadero y ardiente deseo el aprender, porque este deseo es el principio de la sabiduría. Temed a Dios, guardad sus mandamientos y juntamente con la instrucción que llamaré profana, hallaréis aquella sabiduría de los Santos que os hará encontrar la vida y recibiréis salud del Señor.

HE DICHO.



¹¹ Eccli. VII. 16.

¹² Job. V. 7.

¹³ Eccli. VII. 18.